

## EL TIRO DE FUSIL CERTERO Y QUE NO MATA Á NADIE

El fuego de la tropa continuaba, alternando la fusilería y la metralla, sin gran daño á la verdad. Sólo padecía la parte alta de la fachada de Corinto; poco á poco iba perdiendo su forma la ventana del primer piso y las buhardillas del tejado, acribilladas de cascos de metralla y de balas. Los combatientes apostados allí tuvieron que marcharse.

Por lo demás, esta es la táctica que se observa en el ataque de las barricadas; se tira por mucho tiempo, á fin de agotar las municiones de los insurrectos, si cometen la falta de contestar á los disparos. Cuando se conoce, por la disminución de éstos, que no tienen ya balas ni pólvora, se da el asalto. Enjolras no había caído en el lazo y la barricada no contestaba.

A cada descarga, Gavroche se ahuecaba el carrillo con la lengua, señal de gran desdén.

—Bueno,—decía;—rasgad el lienzo, pues necesitamos hilas.

Courfeyrac interpelaba á la metralla por el poco efecto que producían sus cascos, y decía al cañón:

—Te vuelves difuso, pobre hombre.

En la batalla hay misterios como en el baile de

máscaras. Probablemente el silencio del reducto empezaba á causar inquietud á los sitiadores, y el temor de algún incidente imprevisto excitó en ellos el deseo de ver claro al través de aquel montón de adoquines y de saber lo que pasaba detrás de aquella pared impasible, que recibía los tiros sin dignarse contestar. De repente, los insurrectos divisaron un casco que reflejaba los rayos del sol en el tejado de una casa vecina. Era un bombero que, apoyado en una chimenea, parecía estar allí de centinela, dominando con su vista toda la barricada.

—Es un testigo incómodo,—dijo Enjolras.

Juan Valjean había devuelto la carabina á Enjolras, pero tenía su fusil.

Sin decir palabra, apuntó al bombero, y un segundo después el casco, herido por la bala, cayó con estrépito á la calle. El bombero, asustado, se alejó más que de prisa.

Sucedióle otro observador. Era oficial. Juan Valjean, que había vuelto á cargar el fusil, apuntó al recién venido, y el casco del oficial fué á reunirse al del soldado. El oficial no insistió más, desapareciendo con igual presteza que el bombero. Esta vez se comprendió la advertencia y nadie reemplazó á aquellos dos. Se había renunciado á espiar la barricada.

—¿Por qué no habéis matado á esos hombres?—preguntó Bossuet á Juan Valjean.

Juan Valjean no respondió.

## XII

### EL DESORDEN PARTIDARIO DEL ORDEN

Bossuet dijo por lo bajo á Combeferre:

—No ha contestado á mi pregunta.

—Es un hombre que hace el bien á tiros,—observó Combeferre.

Los que conservan algún recuerdo de esta época, ya lejana, saben que la guardia nacional de las afueras combatió con valor contra las insurrecciones. Mostróse particularmente encarnizada é intrépida en las jornadas de junio de 1832. Los buenos taberneros de París y de los alrededores, cuyos *establecimientos* dejaba el motín sin parroquia, se ponían furiosos ante el espectáculo de su sala de baile desierta, sacrificándose en aras del orden representado por el figón.

En aquel tiempo, vulgar y heroico á la vez, ante las ideas que tenían sus caballeros, se elevaban los intereses con sus paladines. El prosaísmo del móvil no quitaba nada á la bravura del movimiento. Los banqueros, viendo disminuirse su montón de escudos, entonaban la Marsellesa. Vertíase líricamente la sangre en favor del mostrador, defendiendo con entusiasmo lacedemónico la tienda, ese inmenso diminutivo de la patria.

En el fondo, justo es decirlo, todo era grave allí.

Los elementos sociales entraban en la lucha, mientras llegaba para ellos el día de entrar en equilibrio.

Otra de las cosas que caracterizaban aquella época, era la anarquía mezclada con el gubernamentalismo (nombre bárbaro del partido correcto). Defendíase el orden con indisciplina. El tambor tocaba á llamada de repente, por orden y antojo de tal ó cual coronel de la guardia nacional; el capitán Fulano marchaba al combate por inspiración; el guardia nacional Zutano salía al campo en favor de *su idea* y peleaba por su cuenta. En los momentos de crisis, en las *jornadas*, se seguía menos el consejo de los jefes que el de los instintos. Había en el ejército del orden verdaderos guerrilleros; los unos de espada, como Fannicot; los otros de pluma, como Enrique Fonfrède.

La civilización, representada desgraciadamente en aquella época, más bien por un agregado de intereses, que por un grupo de principios, estaba, ó se creía en peligro, y lanzaba el grito de alarma. Todos, constituyéndose en centro, la defendían, le prestaban auxilio y protección, y el primero que llegaba se imponía la obligación de salvar la sociedad.

A veces el celo iba hasta el exterminio. Un piquete de guardia nacional se constituía, por autoridad privada, en consejo de guerra, y juzgaba y ejecutaba en cinco minutos á los insurrectos que caían prisioneros. Un tribunal improvisado de esta clase juzgó y condenó á Juan Prouvaire. Feroz ley de Lynch, que ningún partido tiene derecho á echar en cara á los demás, pues así se aplica por la república en América, como por la monarquía en Europa. Complicábase esta ley de Lynch con las equivocaciones á que daba margen. Cierta día de motín, un joven poeta, llamado Pablo Amand Garnier, fue perseguido en la Plaza Real por un soldado con la

bayoneta calada, y no pudo evitar la muerte sino refugiándose en la puerta cochera del número 6. Oíase gritar:—«¡A ese, que es Sansimoniano», y querían matarle. Ahora bien: la causa de todo aquello era que llevaba bajo el brazo un tomo de las Memorias del duque de San Simón; un guardia nacional había leído en el dorso del libro «San Simón», y bastó para que gritase:—«¡Matarle!»

El 6 de junio de 1832, una compañía de guardias nacionales de las afueras, que mandaba el capitán Fannicot, antes mencionado, se hizo diezmar por puro capricho en la calle de la Chanvrerie. El hecho, aunque raro, consta de la sumaria formada á consecuencia de aquella insurrección.

El capitán Fannicot, ciudadano impaciente y osado, especie de guerrillero del orden, de esos que acabamos de caracterizar, fanático é indómito partidario del gobierno, no pudo resistir al gusto de hacer fuego antes de la hora fijada, y á la ambición de tomar la barricada él sólo, esto es, con su compañía.

Exasperado por la aparición sucesiva de la bandera roja y de la levita vieja de Mabeuf, que tomó por la bandera negra, criticaba en voz alta á los generales y á los jefes de los cuerpos, quienes, reunidos en consejo, no creían llegado aún el momento del asalto decisivo, y dejaban, según la célebre frase de uno de ellos, «guisarse la insurrección en su propia salsa». En cuanto á él, pareciale la barricada ya en sazón; y, como es natural, que lo que está en sazón caiga, quiso probar.

Mandaba á hombres tan resueltos como él, á «furiosos», según el dicho de un testigo. Su compañía, la misma que había fusilado al poeta Juan Prouvaire, era la primera del batallón situado en la esquina de la calle.

Cuando menos se esperaba, el capitán lanzó su

gente contra la barricada. Este movimiento, ejecutado con mejor deseo que estrategia, costó caro á la compañía de Fannicot. Antes que llegase á los dos tercios de la calle, una descarga general de la barricada la recibió, y cuatro de los más audaces que corrían á la cabeza fueron muertos á boca de jarro al pie mismo del reducto. Entonces, aquel pelotón de guardias nacionales, valientes, pero sin la tenacidad militar, hubo de replegarse, después de alguna vacilación, dejando tras de sí quince cadáveres.

Aquel instante de vacilación dió á los insurrectos tiempo para volver á cargar las armas, y otra descarga, muy mortífera, alcanzó á la compañía antes de que pudiera doblar la esquina de la calle, que era su abrigo. Un momento se vió cogida entre dos metrallas y recibió el fuego del cañón, que, no teniendo orden en contrario, seguía con sus disparos. El intrépido é imprudente Fannicot, fué una de las víctimas de esta metralla. Matóle el cañón, esto es, el orden.

Aquel ataque, más furioso que formal, irritó á Enjolras.

—¡Imbéciles!—dijo.—Envían su gente á morir y nos hacen gastar las municiones para nada.

Enjolras hablaba como verdadero general de motín. La insurrección y la represión no luchan con armas iguales. La insurrección, que se agota pronto, no tiene sino un número limitado de tiros y de combatientes. Imposible es reemplazar una cartuchera que se vacía ó un hombre que sucumbe. La represión, como cuenta con el ejército, no se cuida de los hombres, y como tiene el parque de Vincennes, poco le importa desperdiciar pólvora ni balas. La represión dispone de tantos regimientos como defensores hay en la barricada y de tantos arsenales como cartucheras poseen los insurrectos.

Son, pues, luchas de uno contra ciento, que terminan siempre por destruir la barricada, á menos que la revolución, surgiendo bruscamente, no venga á arrojar en la balanza su flamígera espada de arcángel.

Esto, á veces, sucede; y entonces el levantamiento es general, los empedrados entran en efervescencia, pululan los reductos populares, París se estremece soberanamente, despréndese el *quid divinum*, hay en el aire un 10 de agosto, un 29 de julio, aparece una prodigiosa luz, la boca abierta de la fuerza retrocede y el ejército, ese león, ve ante sí, de pie y tranquilo, ese profeta, la Francia.

## XIII

## CLARIDADES PASAJERAS.

En el caos de sentimientos y pasiones que defienden una barricada, se encuentra de todo; bravura, juventud, pundonor, entusiasmo ideal, convicción, encarnizamiento del jugador, y, más que nada, intermitencias de esperanza.

Una de esas intermitencias, uno de esos vagos estremecimientos de esperanza, se experimentó de improviso y cuando menos se creía en la barricada de la Chanvrerie.

—Escuchad,—exclamó de repente Enjolras desde su atalaya,—figúraseme que París se despierta.

Es sabido que en la mañana del 6 de junio la insurrección tuvo, por una ó dos horas, cierta recrudescencia. La obstinación de la campana de Saint-Merry, reanimó algunas ilusiones. En las calles de Poirier y de Gravilliers, se empezaron á levantar barricadas. Delante de la puerta de San Martín, un joven, armado con una carabina, atacó solo á un escuadrón de caballería. Al descubierto, en medio del boulevard, puso una rodilla en tierra, apuntó, tiró, mató al que mandaba el escuadrón y se volvió diciendo:—«Otro más que no nos hará ya daño.»—Fué acuchillado.

En la calle de San Dionisio, una mujer, situada detrás de una celosía corrida, hacía fuego contra la guardia municipal; á cada tiro se veían temblar las hojas de la celosía. Un chico de catorce años, que llevaba los bolsillos llenos de cartuchos, fué preso en la calle de la Cossonnerie. Varios cuerpos de guardia fueron atacados. A la entrada de la calle Bertin-Poirée, un fuego de fusilería muy vivo, y de todo punto imprevisto, acogió á un regimiento de coraceros, á cuya cabeza marchaba el general Cavaignac de Baragne. En la calle Planche-Mibray, se arrojaron de los últimos pisos, sobre la tropa, tiestos de loza vieja y utensilios de cocina, lo cual era mala señal; tanto que, al noticiarse este hecho al mariscal Soult, el veterano de Napoleón se puso pensativo, acordándose de la frase de Suchet en Zaragoza:— «Estamos perdidos, cuando las viejas nos vierten sus vasos de noche sobre la cabeza.»

Estos síntomas generales que se manifestaban en el momento de creerse localizado el motín, esta fiebre de cólera que volvía á tomar fuerza, estas chispas que volaban acá y allá por cima de las masas profundas de combustible, llamadas los arrabales de París, todo este conjunto alarmó á los jefes militares, que se dieron prisa á apagar aquellos principios de incendio. Aplazóse para después que estas chispas se extinguieran el ataque de las barricadas Maubuée, Chanvrerie y Saint-Merry, á fin de tener que haberse las con ellas solas y de concluir de una vez todo. Lanzáronse columnas á las calles donde había fermentación, barriendo las grandes, registrando las pequeñas, á derecha y á izquierda, ya con precaución y lentitud, ya al paso de carga.

La tropa derribaba las puertas de las casas desde donde se había hecho fuego, y al mismo tiempo piquetes de caballería dispersaban los grupos de los

boulevares. No se verificó esta represión sin ruido, sin ese estrépito tumultuoso, propio de los choques del ejército y el pueblo. Esto era lo que percibía Enjolras en los intervalos de la fusilería y la metralleta. Había visto, además, pasar por la esquina de la calle heridos en parigüelas, y dijo á Courfeyrac:

—Esos heridos no son de aquí.

La esperanza duró poco; aquella claridad no tardó en eclipsarse. En menos de media hora, lo que había en el aire se desvaneció; fué á modo de un relámpago sin rayo, y los insurrectos sintieron volver á caer sobre ellos esa especie de chapa de plomo que la indiferencia del pueblo arroja sobre los que se obstinan en resistir, ya abandonados.

Había abortado el movimiento general, que pareció bosquejarse vagamente; y así, la atención del ministro de la Guerra y la estrategia de los generales podían concentrarse ya en las tres ó cuatro barricadas que aún se sostenían.

El sol subía en el horizonte.

Un insurrecto interpeló á Enjolras:

—Tenemos hambre: ¿De veras vamos á morir aquí sin comer?

Enjolras, siempre apoyado en su almena, y sin apartar los ojos del extremo de la calle, hizo con la cabeza una señal afirmativa.

XIV

DONDE SE LEERÁ EL NOMBRE DE LA QUERIDA  
DE ENJOLRAS

Courfeyrac, sentado en su adoquín junto á Enjolras, continuaba insultando al cañón, y cada vez que pasaba, con su monstruoso ruido, esa sombría nube de proyectiles que se denomina la metralla, lanzábale una bocanada de sarcasmos.

—Echa los bofes, infeliz animal; me das lástima, te desgañitas en vano. Eso no es trueno, sino tos.

Y todos reían á su alrededor.

Courfeyrac y Bossuet, cuyo buen humor se aumentaba con el peligro, substituían, como la señora Scarron, el chiste al alimento, y á falta de vino, escanciaban á todos alegría.

—Admiro á Enjolras,—decía Bossuet.—Su impasible temeridad me maravilla. Vive solo, y por lo mismo quizá es algo triste. Enjolras se queja de su grandeza, que le obliga á permanecer viudo. Todos nosotros tenemos, más ó menos, queridas que nos vuelven locos, esto es, valientes. Cuando se está enamorado como un tigre, no es extraño que se pelee como un león. Así nos vengamos de las malas pasadas que nos juegan las señoras grisetas. Roldán se hace matar por dar un disgusto á Angélica. Todos

nuestros actos heroicos provienen de nuestras mujeres. Un hombre sin mujer es una pistola sin piedra; la mujer es la que hace disparar al hombre. Pues bien: Enjolras no tiene mujer: no está enamorado, y sin embargo, halla medio de ser intrépido. Es cosa inaudita, poder ser frío como la nieve, y atrevido como el fuego.

Enjolras no parecía escuchar; pero cualquiera que hubiese estado junto á él, le habría oído pronunciar á media voz esta palabra: *Patria*.

No había cesado aún de reirse Bossuet, cuando Courfeyrac gritó:

—¡Novedad!

Y con la voz de un portero en el acto de anunciar, añadió:

—Me llamo Pieza de á Ocho.

En efecto, un nuevo personaje acababa de salir á la escena: era otro cañón.

Los artilleros, maniobrando con rapidez, colocaron en batería la segunda pieza al lado de la primera.

Con esto empezaba ya á bosquejarse el desenlace.

Algunos instantes después, las dos piezas, perfectamente servidas, tiraban de frente contra el reducto, y las descargas cerradas de batallón de línea y del de las afueras sostenían la artillería.

Oíanse también cañonazos á cierta distancia; y era que, al mismo tiempo que estas dos piezas se encarnizaban en la barricada de la calle de la Charvrière, otras dos bocas de fuego, una en la calle de San Dionisio y otra en la de Aubry-le-Boucher, acribillaban el reducto de Saint Merry. Los cuatro cañones hacían eco lúgubrementemente. Los perros sombríos de la guerra se respondían mutuamente con sus ladridos.

De las dos piezas asestadas ahora contra la barri-

cada de la calle de la Chanvrerie, una tiraba con metralla y otra con bala.

Esta última tenía la puntería un poco más alta, y el tiro estaba calculado de manera que la bala hiriese la extremidad de la arista superior de la barricada, la derribase, y arrojase pedazos de adokines sobre los insurrectos, como si fuesen cascos de metralla.

Esta dirección del tiro tenía por objeto alejar á los combatientes de la cima del reducto, obligándoles á agruparse en lo interior; es decir, que esto anunciaba el asalto.

Una vez ahuyentados los combatientes de lo alto de la barricada por las balas, y de las ventanas de la taberna por la metralla, las columnas de ataque podrían adelantarse por la calle, sin que les apuntaran, y quizá hasta sin ser vistas, escalar repentinamente el reducto, como la noche anterior, y tal vez tomarlo por sorpresa.

—Es absolutamente preciso disminuir el daño que nos hacen esas piezas,—dijo Enjolras; y gritó:— ¡Fuego contra los artilleros!

Todos estaban prontos. La barricada, que por tanto tiempo se había mantenido silenciosa, hizo fuego desesperadamente, sucediéndose siete ú ocho descargas con una especie de rabia mezclada de alegría; la calle se llenó de un humo espesísimo; y al cabo de algunos minutos, por entre aquella bruma rayada de llamaradas, se pudo distinguir confusamente á las dos terceras partes de los artilleros tendidos bajo las ruedas de los cañones. Los que quedaron en pie continuaban en el servicio de las piezas con severa tranquilidad; pero el fuego se había amortiguado.

—Vamos bien,—dijo Bossuet á Enjolras.— ¡Victoria!

Enjolras, meneando la cabeza, contestó:

—Con un cuarto de hora más que dure esta victoria, no se encontrarán arriba de diez cartuchos en la barricada.

Parece que Gavroche oyó esto último.